

# CADENAS ROTAS

Hikari Yuuki Artist



## Capítulo 1

No hallo palabras para describir la sensación que me causó ver a aquel joven, esbelto y desnudo, tirado en el suelo encima de unas hojas secas, su piel blanca, con un tono cerúleo en sus labios carnosos antes magenta. Unas hojas cubrían sus mechones negros. Su vida escapaba en cada aliento.

Caminé unos pasos hacia él. De inmediato distinguí cómo sus ojos me miraban con resentimiento, con hastío, con desprecio. Como si fuera la causante de su agonía. Me aproximé hasta tenerlo a un metro de distancia. Olía a hierbas húmedas y azufre. Su pecho de marfil se pintaba □  
□ carmesí □ S □ herida □ parecían haber □ sido □ producida □ por □ zarpazos □ de □  
□ algún □ animal □ salvaje.

Estábamos □ lejos □ de □ pueblo.

Me aventure a caminar hacia el monte porque tenía deseos de estar sola. Alejada del bullicio, del crin de los caballos, del ruido del motor del coche, alejarme del cochino que gemía antes de ser asesinado y dispuesto para la cena. Alejarme de mi raquítica madre, postrada en su cama, esperando la piedad de mis abuelos para que la lleven con ella a un sueño eterno. Lejos de un padre esclavo de sus pasiones. ¡Lejos, lejos, lejos! Huí de mi casa para encontrarme a las afueras conmigo.

En la entrada de la vida silvestre sintiéndose como una puerta que habría que cruzar un enorme árbol blanco (pero realmente enorme que mi altura era la mitad de sus raíces), una ceiba daba refugio a las almas desamparadas como la mía. Su presencia era imponente, parecía tener una vida consciente con tanta solemnidad y temple. Verla de día te brindaba paz pero de noche, aquella madera blanca destacaba entre la penumbra como una luz fantasmal, como si te advirtiera □ de □ los □ peligros □  
□ de □ montañas □ domos □ y □ ella □ misma □ estuviera □ dispuesta □ a □ causarte □  
□ daño.

Aquel joven siguió mirándome, entrecerrando los ojos. Me acuclillé a su costado, titubeando, toqué □ s □ frente □ Estaba □ hirviendo.

-Debo □ curarte □ Súbitamente se incorporó y apretó mis hombros con sus delgados dedos. Penetró sus ojos negros en □ los □ míos □ S □ pie □ helada □  
□ me □ impedía □ moverme □ y □ mi □ respiración □ se □ fusionaba □ con □ la □ suya.

Mi □ carne □ ardía □ se □ quemaba.

Esbozó una sonrisa de medio lado, satisfecho y con un toque de picardía,

como cuando un niño chiquito ~~hac~~ ~~algun~~ ~~un~~ ~~travesura~~.

Un fresco aire proveniente del monte, un sonido lejano del movimiento de las hojas, un revoloteo de aves me hizo mirar hacia la entrada de la morada sagrada de mis antecesores. Cuando miré a alrededor me hallaba sola. No había sangre en las hierbas, ni viento que corriera libre. Toqué mi hombro, en instinto para saber si soñé o fue real, pude sentir una hendidura y al destaparme note ~~una~~ ~~huella~~ ~~de~~ ~~carbón~~ ~~ardiente~~ ~~no~~ ~~aluciné~~.

Lentamente, me retiré a mi casa. El sol estaba por ocultarse y unas nubes negras anunciaban una tormenta.

Extrañada, sorprendida, no sabía si decirle a mi madre sobre este encuentro o callarlo, como ~~un~~ ~~secret~~ ~~mío~~ ~~de~~ ~~monte~~.

Mi casa, era humilde, un hogar de dos recámaras, con un amplio patio delantero para guardar la camioneta de mi padre, en donde llevaban los cochinos frescos a los carniceros. La pintura amarilla se comenzaba a desgastar por el tiempo, ya llevaba años desde la última restauración y la humedad del lugar formaba negras manchas de moho en su techo. Entré, mi madre estaba en su habitación, ~~com~~ ~~o~~ ~~si~~ ~~nada~~ ~~hubier~~ ~~pasado~~, ~~dormida~~.

Ni siquiera notó mi ausencia. La vela de su existencia pronto se apagaría que no me alcanzaba ya su luz, su paciencia, su temple, me hundía en su oscuridad. Su enfermedad cada día mermaba sus fuerzas.

Mi padre, peleado con ella hace tiempo, no era digno de entrar a LA MISMA ALCOBA, quizá, pasaba la noche con una amante o en un bar. Huyendo, con mayor agilidad que yo de aquella cárcel de cuatro paredes. Sentía como las múltiples enfermedades de mi madre fueran unas cadenas que de cuando en cuando podía soltar para caminar un poco, un poco de libertad pero nunca serlo plenamente. Ansío, aunque con vergüenza, el día que la luz se extinga y dejarme arrastrar ~~por~~ ~~la~~ ~~tiniebla~~.

Mi habitación colindaba con el patio trasero en donde yacían nuestros dos caballos, tres cerdos, dos ~~gallinas~~ ~~y~~ ~~un~~ ~~gall~~ ~~Sólo~~ ~~un~~ ~~valla~~ ~~de~~ ~~mader~~ ~~dividí~~ ~~nuestro~~ ~~hogar~~ ~~de~~ ~~monte~~.

Estaba algo cansada y el espejo de mi cuarto corroboró mis facciones: Mis ojos hundidos, mi rostro demacrado, mi cabello revuelto. No lucía nada joven, ni sana, ni mucho menos guapa. Me recosté en mi cama con mi cabeza hacia mi ventana, escuchaba el repiqueteo de las gotas contra ella.

Un rayo iluminaba mi espacio mostrando mis pocos libros, ropa vieja y escritorio con tareas por hacer de mi bachillerato. La lluvia arreciaba, los truenos se volvían más estrepitosos, sonando como cómplices de mi desgana, arrullandome para conciliar el sueño. Accedí. Dormí.

Escuché una respiración pausada, un aliento que se mezclaba con el mío. De un sobresalto abrí los ojos y se fue mostrando lentamente una silueta oscura, era un perro negro. Lo primero que fue su mirada de fuego que escudriñaba mi rostro, sus colmillos blancos perfectamente afilados, de su mentón caían unas gotas sobre mi cuello y sus cuatro patas abarcaban toda mi cama.

Su piel húmeda empapó mi lecho, estaba tan helado por la reciente lluvia que comencé a tener ligeros escalofríos. Su pelaje se sentía áspero y su pecho estaba cubierto de sangre, me erizaba. ¡¡ta! ¡sol! ¡tocarla! Erá él.

No tenía la menor duda de que era aquel joven que conocí en la mañana, aquel que me dejó una marca en mi hombro, y por tanta familiaridad, aunque lucía de forma salvaje y siniestra, tuve consuelo.

Lentamente, bajó su cuello y puso su hocico en mi torso, olisqueaba mi piel como presentándose, dando un saludo. De cuando en cuando, su cercano y fino pelaje me hacía estremecer.

Y unas repentinas punzadas de placer encogían mi menudo cuerpo. Recorrió con su nariz toda mi piel, mi senos, mi cintura, mi sexo...Inmóvil, ansiosa, esperaba verlo de nuevo. De un zarpazo rompió mis prendas dejando ver mi pechos desnudos y unas ligeras líneas sanguinolentas.

Suspiré y contuve mi respiración. Sin apartar su vista de mí, su lado salvaje, bestial y místico se fue convirtiendo en un humano de piel blanca y cabellos azabache. Al presentarse ante mí se mostraba divertido y con una sonrisa de medio lado, entrecerrando sus ojos, frunciendo su nariz para luego lanzarme una sonrisa plena. Sus labios carnosos ya no estaban azules, se miraban ligeramente rosados y la herida que tenía en la mañana, se estaba cerrando casi en su totalidad.

-¡Hazlo! Imploraba a esos ojos que me llevara con él. Imploraba a que juguemos el uno con el otro y escuchando mi petición, sonriendo, se dispuso a crear un cuadro de éxtasis con nuestros cuerpos como lienzo. En cada beso suyo sentía como si existiera plenamente, como si una parte de mí cobrara sentido y mi mundo gris tuviera brochazos de color. Fuerte, indomable, salvaje. Sus brazos torneados y fornidos me apretaban con fuerza, sus manos se sentían como ligeras garras que cortaban de cuando en cuando mi espalda. Aquellos besos apasionados ardían dentro de mí y su lengua jugaba con la mía. Mordía mi cuello, mis hombros, mis pechos con tanto empuje que mi cuerpo iba teniendo ligeros espasmos. Su cadera arremetía contra mi vientre, y aunque al principio sentí dolor, me

tranquilizaba frunciendo sus nariz de manera bromista, para luego besar mis labios. Aquellos besos silenciaron la transición de dolor por el gozo. Placer embriagaba cada poro, nuevos caminos descubiertos, él mirándome de una forma bromista y perversa... Yo deseaba que no llegara a amanecer.

Escuché a los lejos, el llamado de mi madre por su medicina.

-iClaudia, Claudia, ¡mi pastillas..! Debía entregarle sus pastillas con agua, para prolongar un día más su vida. Mi instinto de hija protectora me hizo intentar liberarme de él.

Me detuve con otro beso.

Metió su dedo índice en mis labios y ladeaba su cabeza en señal de no quería que partiera. La voz de mi madre sonaba con mayor intensidad en el otro lado de la casa, en la habitación contigua.

Pero él volvió a frenar mis deseos de partir.

-Diré que dormí profundamente cuando se fue soltando, abriéndome un camino hacia la libertad, lo sentía. En cada forcejeo, en cada rasguño en mi espalda, en cada mordisco de mis senos. Sentí la libertad que anhelaba.

Desnudos, con las piernas entrelazadas, mirándonos a los ojos, caímos rendidos. Dormimos.

Al llegar al alba, todo estaba en su sitio pero ya no sentía los orgasmos en mi cuerpo.

Velamos a mi madre ese mismo día, la descubrimos muerta mi padre y yo. Varios vecinos me daban condolencia, lloraban conmigo y me decían lo bella, noble y buena que había sido. Aquella estaba en su féretro con flores blancas, descansando con mis abuelos en el cielo.

Ataviada de negro por el luto, me dirigí a las afueras del pueblo, mirando aquel árbol inmenso y frondoso.

Mi camino hacia el cielo o al infierno. Mi entrada al inframundo.

Debajo, en sus raíces, estaba acostado mi visitante nocturno, destacando por su pelaje negro y ojos rojos que centelleaban, se puso en alerta al verme avanzar hacia él. De cerca, lo acaricié.

Caminó despacio entre las ramas y seguí sus pasos. Estaban rotas mis cadenas. Y atraída hacia las tinieblas, hacia lo salvaje, mágico,

□místico. □m□intern□co□ÉL.

Perdí □m□humanida□par□siempre.